

LOS PROBLEMAS EDUCATIVOS

● LA SERIE DE NOTAS que ésta inicia, se referirán a los problemas de la cultura en la Cuba presente, a las realizaciones concretas que en ese campo se han cumplido, y a las transformaciones y nuevas orientaciones que experimenta el fenómeno cultural —en su significado más amplio— por obra de la revolución. Tratándose de una revolución socialista, esta planteo involucra las anteriores experiencias similares —en particular la soviética— y toca algunos debatidos temas de la vida intelectual contemporánea.

Cabe una advertencia previa: los testimonios, observaciones y datos que aquí se manejan corresponden sólo a un determinado momento de la experiencia revolucionaria cubana. Ya se ha señalado, como uno de sus rasgos más originales, la extraordinaria velocidad de su desarrollo. A sólo tres años de producida, la revolución ya encara la planificación general, paso previo a la puesta en marcha de sus ambiciosos proyectos de desarrollo, está al borde de la estructuración constitucional y entra a la construcción del socialismo. No hay ningún ejemplo anterior de tal aceleración, aunque es evidente, si cotizamos la revolución inglesa, la francesa, la soviética, la china y la cubana, de que la tendencia histórica es a acortar los plazos evolutivos y que existe lo que podríamos llamar una acumulación de experiencias que favorece la progresión.

Junto a esa velocidad hay que destacar los caracteres propios, originales, que muestra una revolución que, sin embargo, ha aceptado como definición ideológica que le corresponda, la marxista-leninista. En estas páginas Trias ha hablado de un marxismo-fidelismo. No conozco en vivo otras experiencias socialistas para establecer el cotejo, pero dos elementos deben utilizarse para comprender esa originalidad visible: 1º que al hecho más singular de la revolución socialista cubana radica en que no fue obra de un partido marxista, sino de hombres que, aun manejando una ideología idéntica a similar, aportaron una plasticidad interpretativa, una riqueza de implantación humana, que normalmente fue ajena al sectarismo de un largo período de los partidos comunistas americanos, al cual debe atribuirse en buena parte su estancamiento; 2º que sin disminuir en nada la portentosa contribución de Fidel Castro, y para ser fieles a la interpretación marxista, debe consignarse que esta revolución contó desde el comienzo, y sigue contando, con el apoyo mayoritario y entusiasta de la población —cosa que no ocurrió con la revolución soviética por ejemplo— y que se beneficia de aquella acumulación de experiencias así como de la ampliación y poderío creciente del campo socialista, sin el cual ella no hubiera sido posible en sus actuales términos.

Estos hechos objetivos —que se tipifican en la frase de un dirigente—: "Nosotros no sólo aprendemos en las virtudes de los países socialistas, sino también en sus errores"— le confieren una contextura peculiar, que se realiza mucho más cuando se recuerda que esta revolución habla en nuestra lengua, pertenece a nuestra misma tradición cultural, y significa la implantación espontánea del socialismo, por primera vez en un país del mundo occidental, o sea el mundo en que hace un siglo largo se formuló la doctrina de Carlos Marx.

Si a los revolucionarios nos preguntan que es lo que más nos importa, nosotros diremos: el pueblo, y siempre diremos el pueblo. El pueblo en su sentido real, es decir, esa mayoría del pueblo que ha tenido que vivir en la explotación y en el olvido más cruel. Esta frase del discurso a los intelectuales de Fidel Castro, sitúa el ángulo desde el cual se abordarán los problemas culturales: tanto vale decir que la preferencia primera e imprescindible, será la educación básica en tres rubros fundamentales: enseñanza primaria, alfabetización de adultos y elevación de los niveles educativos insuficientes.

Es así desde el comienzo del proceso revolucionario. No se olvide que la ley 361 que dispone la creación de 18.000 aulas —ya en funcionamiento— es del 15 de octubre de 1960. En tres años se ha casi duplicado la concurrencia a las escuelas, que en hoy de 3.950.000 estudiantes primarios, y los egresados de sexto año han pasado de 15.000 a 30.000. Programas similares pueden registrarse en los cursos para adultos, en las escuelas tecnológicas, industriales y agrarias, en las escuelas de comercio, en los numerosos cursos que van desde formación de cuadros revolucionarios hasta educación de trabajadores domésticos. Agréguese la necesidad de elevar el nivel educativo de medio millón de obreros que sólo han cursado cuarto grado, intentando una mayor cultura técnica, indispensable para las nuevas funciones industriales. Este proceso plantea problemas materiales —aulas, instrumental— y sobre todo la necesidad imperiosa de educadores. Se ha triplicado el número de maestros primarios, que hoy supera los 40.000, mediante cursos básicos y la preparación pedagógica apresurada de estudiantes universitarios. Para el desarrollo de la educación en las vías que sólo aprovecha los desvalos de un compatriota joven, Jonilda Ross, quien está al frente de la Escuela de Pedagogía de la Universidad de La Habana, es la cual corresponde dotar a la enseñanza de los millones y millones de maestros con nueva preparación acorde a la nueva enseñanza.

Dentro de la misma preocupación dominante se incluye la pionera campaña de alfabetización de adultos que permitió abarcar en 700.000 al casi millón de analfabetos de una isla con siete millones de habitantes. Pa-

mos por el breve tiempo en que se hizo, por la participación masiva y entusiasta de la población en esa tarea, por un costo bajísimo. Entiendo que los efectos civilizadores de esta campaña no deben situarse exclusivamente en la alfabetización rudimentaria que permitió a esos 700.000 adultos escribir su primera carta a Fidel, y a quienes los previstos "cursos de seguimiento" podrán permitir un ingreso a la cultura. Debe encarse una consecuencia más amplia: la participación de los cien mil brigadistas significó un poderoso elemento formativo en la educación de estos adolescentes y jóvenes —lo que corresponde a las nuevas técnicas pedagógicas—; apresuró el proceso de integración nacional por la participación en una tarea común que vinculó sectores que son casi estancos en sociedades como las nuestras (estudiantes ciudadanos y campesinos, por ejemplo); constituyó el mayor paso dado hasta ahora, después del fenómeno de las milicias populares, en esa última tarea que se fija el socialismo: la creación de un hombre nuevo. Con suma inteligencia, fue entre estos brigadistas que se decidió distribuir las cuarenta mil becas para estudios superiores, que ha creado el estado para que la Universidad sea asequible a todos los estratos económicos. La importancia que se concedió a esta iniciativa lo demostraba el hecho de que Fidel Castro llevara cuanta día a día de la cantidad de solicitudes recibidas y de las orientaciones que en ellas se manifestaban (preferencia nítida por las carreras técnicas).

Estos nuevos estudiantes van abiertas las vías de los estudios universitarios, antes cerradas ya que la antigua Universidad de Cuba, a semejanza de las restantes latinoamericanas preparaba sólo a las clases altas; ellos introducirán en las aulas un fervor revolucionario que no ha sido demasiado notorio hasta el presente.

"No ha habido en la historia de América Latina esfuerzo educacional más decidido ni resultados más efectivos en el terreno de la enseñanza que los realizados y conseguidos por el pueblo cubano en los últimos tres años". La frase, de Armando Harl, pueda suscribirse en este campo de la instrucción básica, anotándose que los niveles educativos de que parte el país son inferiores a los existentes en el Uruguay, y también que la velocidad de desarrollo y de mejoramiento de esos niveles, es muy superior, lo que le permitirá alcanzar y sobrepasar cómodamente los existentes en nuestra sociedad.

El plan educativo básico no sólo está motivado por razones de justicia y de equiparación democrática, sino además por la obsesión de llegar a una alta capacitación intelectual de la población que estiman indispensable para poder encarar un desarrollo económico más amplio y eficaz. La tarea de educación básica es, por lo tanto, parte de la lucha contra el subdesarrollo. Por apresuradas y superficiales que en muchos casos sean las tareas educativas, no puede menos que reconocerse la amplitud y seriedad de lo ya realizado. Muchos maestros y profesores improvisados, serán sustituidos progresivamente, por otros que ya están cursando los ciclos completos, y los programas serán desarrollados con mayor detenimiento. Mientras tanto se cumple con las exigencias más imperiosas de una educación básica.

A la pregunta de cómo se ha podido realizar tanto en tan poco tiempo y con los escasos recursos del país —semejantes a los de cualquier otro país latinoamericano— sólo hay una respuesta: la participación masiva de la población que ha entregado su tiempo, su trabajo, incluso su contribución económica. El plan de educación básica es el "honor" del país, y es un ejemplo de la inmensa energía que genera un fenómeno revolucionario.

Dentro de este régimen de preferencias, el segundo lugar corresponde a los estudios secundarios —todavía muy poco alterados— y a la Universidad que acaba de ser reestructurada. Es, como anuncian los responsables, el plan más largamente debatido por la Revolución, que comenzará a ponerse en práctica a partir de 1962 bajo la conducción del rectorado de Juan Marinello. La planificación ha corrido por cuenta de la dirección revolucionaria misma —actividad preponderante de Carlos Rafael— con la colaboración de profesores nacionales y extranjeros: a la Escuela de Ingeniería Eléctrica ha sido estructurada por profesores cubanos, la de Geología ha sido obra de los checos y la de Química de los soviéticos; en la de Pedagogía ha tenido intervención preponderante un uruguayo, Jesualdo, así como en Economía mexicana y chilena.

En sus líneas generales marca un desarrollo muy intenso de la tecnología, con una división minuciosa de zonas de estudio. La integran cinco facultades, subdivididas en escuelas: así la Facultad de Tecnología incluye siete (Ingeniería Civil, Eléctrica, Mecánica, Química, de Minas y Metalurgia, Industrial y la Escuela de Arquitectura); la Facultad de Humanidades otras siete escuelas (Filosofía, Letras, Historia, Ciencias Políticas, Economía, Económica). Las escuelas a su vez docen sobre el régimen de Departamentos, estructurándose mutuamente para evitar la desmembración y la atomización de estudios.

La organización deriva de una Junta Superior de Gobierno integrada por cuatro profesores y cuatro alumnos —los profesores han sido separados de la conducción universitaria— y las correspondientes facultades obedecen a juntas de gobierno integradas por tres profesores y dos alumnos. Entre los profesores se eligen el decano y vicedecano.

El régimen de estudios radica la enseñanza en un criterio dinámico, con amplia margen concedido a la experimentación y la práctica, socializándose a "despertar

en el alumno sus facultades críticas y hábitos de trabajo independiente". Las exigencias para los estudios son severas: asistencia obligatoria, régimen de promociones en base a pruebas teóricas y prácticas en el aula, aprobación en base a un mínimo de 70 puntos sobre 100, penaje de curso con una sola asignatura previa, siempre que no sea hábil, imposibilidad de repetir dos años exámenes de ingreso a las Facultades etc., etc.

Quizás tan importante como las disposiciones del estatuto universitario sea el desarrollo que se concede al régimen de becas, a la Comisión de Extensión Universitaria (integrada paritariamente por profesores, alumnos y organismos extra-universitarios), a la formación de laboratorios, a la vinculación entre los estudios y el medio social en que ha de operar el alumno.

Para nuestra concepción resultan sorprendentes algunos principios: desaparición del criterio de autonomía del ente, sustituido por una vinculación constante con el Ministerio de Educación, y desaparición del régimen de oposiciones para la provisión de cátedras, sustituido por el nombramiento en base a méritos. La explicación que nos hizo Marinello, subraya el nuevo carácter de la Universidad como organismo de realización del socialismo, no como organismo de lucha contra la sociedad capitalista, y apoya la asunción de una filosofía que sirve de interpretación general en los estudios y de acción política-social: el marxismo. Aun reconociendo la importancia metodológica del marxismo y el nuevo aspecto de la Universidad como centro intelectual al servicio del espíritu revolucionario, nuestra discrepancia se mantiene respecto a estos principios. El ejemplo de la parálisis de algunos estudios universitarios en la época staliniana —la arquitectura que inundó los países del este de torres de boda, la biología que instituyó oficialmente los criterios de Lysenko— corroboran nuestra desconfianza respecto a la alteración del criterio de autonomía. Si bien nada indica que eso pueda ocurrir en Cuba, la Universidad, como los entes culturales en general, deben disponer de ese amplio campo libre de experimentación de las ideas, que ha, en de esos organismos centros, energéticos y creadores de la sociedad.

Junto a ello, lo realmente original de la Universidad reformada está en la nítida orientación técnica, en la aplicación eficiente de su enseñanza a las necesidades del país, y en el ingreso a ella —por el amplísimo régimen de becas— de los jóvenes más dotados de una sociedad sin clases. Esto es revolucionario en Latinoamérica.

